

F1234

• 22

M 45

PROEMIO.

Escribir un libro en México, donde la literatura no es todavía un factor económico para el desarrollo de la producción intelectual, es casi una obra de romanos, como vulgarmente se dice.

Y escribirlo con cariño y con conciencia, o mejor dicho, con pericia y con arte, que viene a ser la misma cosa, es todavía menos usual, por lo mismo que el medio ambiente no es propicio a los escarceos literarios de altos vuelos.

Por eso nos ha sorprendido bastante que la narración histórica efectuada por el joven escritor don Antonio D. Melgarejo, no sólo haya logrado ajustarse al más severo naturalismo, conservando el estilo peculiar de los sucesos que refiere, sino que haya coordinado con meticulosidad pasmosa, los caracteres de cada uno de sus personajes, aunque sin trama novelesca, porque su libro no es de tendencias al fantaseo.

Muchos de los hechos que se consignan en las páginas de "Los Crímenes del Zapatismo" habían sido dados a conocer por la prensa periódica, algunos mutilados, otros más o menos alterados, según la inspiración del repórter que los escribió, y otros muchos hasta tergiversados conforme al interés que tuvieran las hojas volantes que los comunicaban al público.

Sabido es que el periodismo no suele ser tan imparcial co-

mo debiera, y que cada órgano de la prensa va a sus fines por los procedimientos que le convienen.

Así las mismas noticias aparecen en cada periódico con las variantes que las redacciones les dan para formar opinión conforme a las tendencias demarcadas de antemano para su objeto.

Pues bien, "Las memorias de un guerrillero", que presenta al público el señor Melgarejo, en este libro denominado con justicia "Los Crímenes del Zapatismo", tienen el mérito de la depuración de la verdad. El ha rectificado las alteraciones de la prensa y corregido sus deficiencias y mutilaciones.

Como ha vivido en el Estado de Morelos, el señor Melgarejo es un gran conocedor de todos sus rincones, desde la capital y las principales ciudades, hasta las haciendas y ranchos y los pueblos más modestos.

Así es que tal conocimiento le permitió escribir con estricto apego a la verdad, para lo cual tuvo que recorrer la comarca, investigar los sucesos, corroborarlos con cuidado y consignarlos en sus memorias como un historiador, o como un compilador de documentos para los historiadores del porvenir.

Es tan purista en esta materia el autor, que casi llega hasta la nimiedad, puesto que de propósito ha tenido que acudir a ciertas incoherencias y aparentes descuidos de estilo, cuando precisamente por el realismo del relato no podía menos de ser vulgar y ramplón entre actores generalmente incultos y apenas aficionados a los ideales democráticos o a la aspiración legítima de la libertad, que es un sentimiento innato de todas las sociedades, aun de los tiempos primitivos.

El "zapatismo" en Morelos, que comenzó por revolucionario al soplo de la racha del maderismo democrático, se prostituyó a la postre con los simulacros de desarme y con los engaños y promesas que determinaron la posterior proclamación del "Plan de Ayala".

El Estado de Morelos es esencialmente agrícola, con industrias alimentadas de las materias primas de su floreciente agricultura.

El cultivo intensivo hace muchos años que ha tomado arraigo en aquellas tierras constantemente trabajadas y perennemente fecundadas con la labor inteligente de los procedimientos modernos.

Todo el Estado puede decirse que es una inmensa hacienda, aunque apenas dividida a grandes tramos entre unos cuantos propietarios.

La gran propiedad, a medida que se explotaba, iba ensanchando su extensión hasta invadir no sólo los baldíos, sino muchos de los ejidos de los pueblos, que los poseían quieta y pacíficamente.

La pequeña propiedad ya no tuvo esperanza de crearse donde no la había, sino que tuvo que desaparecer donde existía, arrasada por la invasión de los poderosos terratenientes.

De este modo, fatal e irremisiblemente, se fué operando una división social en que los odios de casta y de clase, cada día tendrían que irse encendiendo en vez de apagarse o disminuir.

Y si a ello se agrega el caos gubernamental que sobrevino al caer un viejo régimen que, malo y todo, era siquiera un régimen, nada extraño es que el "zapatismo" constituyera la primera avanzada de la anarquía reinante, puesto que fué la primera facción que se mantuvo alzada en armas al triunfo de la revolución chihuahuense.

La política maderista cometió gravísimos errores respecto al país en general, pero fueron mucho más trascendentales en la política local morelense, donde Figueroa, Naranjo y Leyva no hicieron más que echar leña al fuego, fomentando en vez de extinguir en sus focos al zapatismo.

Lo que comenzó tan mal, no podía menos de acabar desastrosamente. Si el gobierno federal no pudo ni quiso sofocar la insurrección de sus propios aliados en el vecino Estado de Morelos, mal podía detener la ola rebelde en el mismo Estado de Chihuahua, donde también sus adictos de ayer le habían volteado la espalda, y lo combatían con vigor.

Este otro golpe acabó de poner el colmo en la impunidad zapatista; y la contribución forzosa que pareció una conniven-

cia con los hacendados, igual que la facilidad de efectuar correrías por todos los principales y desguarnecidos pueblos, así como el fomento que desde la capital de la República se daba a los intangibles jefes zapatistas, no podían menos que crearles prosélitos y convertir en aparentes reivindicadores a aquellos primitivos rebeldes, que terminaron por degenerar en vándalos y latrofaciosos cuando los acosaron por las ciudades y los arrojaron a la montaña.

El primitivo ejército libertador se convirtió en la horda salvaje que todo lo atropella.

El viajero pacífico, el comerciante honrado, el propietario inocente y hasta las mujeres inermes e indefensas, fueron las víctimas obligadas de los libertos de cárceles y cuarteles, convertidos en jueces vengadores de los delitos de la tiranía porfiriana.

¿Quiénes son esos adalides de la reivindicación de los derechos conculcados?

El señor Melgarejo los exhibe con mano maestra en los diversos lienzos que su paleta de pintor realista ha dibujado a grandes rasgos en sus "Memorias de un guerrillero".

Allí se ven moverse y vivir la vida positiva del liberto levantado contra el señor.

El tipo primitivo surge en Morelos con todos los caracteres propios del esclavo que recoge el rebenque del capataz y que lo vuelve airado y ciego de furor vengativo, contra el amo de ayer y contra todo lo que pueda representar al flagelador empedernido que lo ha expoliado y escarnecido.

Su odio africano lo tiene ciego y no sabe si hace bien o mal; pero siente el instinto de bestia feroz acrecentado al revolcarse en el ludibrio de la revancha sanguinaria y en las arturas del alcohol.

Este eterno burlado, este retardatario, este pobre diablo abandonado a su propio instinto, sin educación, sin estímulo, sin alicientes económicos ni morales para adelantar, no ha hecho toda la vida otra cosa que sufrir y callar dentro del feudalismo, vegetar y sobrevivir penosamente por un milagro biológico; y sólo por excepción, cuando vientos de fronda suelen soplar, y una mano atrevida levanta su índice audaz seña-

lándole la nueva orientación para la posible emancipación, sale de su común indolencia, deja su pasividad milenaria y suele convertirse en una fiera que muerde y desgarrá, impulsada por el furor.

Si quien lo manda es un jefe de tribu, éste constituirá la horda y andará errante buscándose su pan, robándolo y disputándolo a quien lo tenga; si el amo es un señor feudal o un cacique, lo convertirá en su *cosa*, en su propiedad, y lo esgrimirá contra sus enemigos y para su provecho personal; y si en progresión ascendente es un apóstol el que se apodera de su voluntad y lo seduce para la conquista de bienes que habrá de compartir con él, entonces el mismo eterno expoliado por igual se sacrifica por un ideal abstruso para él, como se sacrificó antes por el patriarca y por el cacique.

La emancipación económica del proletariado no la da ni la realiza ninguna revolución. La historia no señala un solo caso de excepción.

El proletario se redime cuando el trabajo social logra ensancharse y su expansión aporta un bienestar que se difunde por todo el organismo colectivo.

El trabajo fecundo es el único gran redentor, porque produce y acumula riquezas generales, en vez de disminuirlas o destruirlas como lo hacen las revoluciones.

Nunca florecen las industrias donde no hay capital, materias primas adecuadas y brazos potentes para levantarlas.

De estos factores esenciales nacen todas las modalidades de los éxitos o los fracasos en la vida de las sociedades.

En Morelos hay capital, hay trabajo, hay tierras y hay industrias agrícolas de primer orden.

¿Por qué, entonces, se ha entronizado allí la anarquía y la revuelta ha querido destruir su gran riqueza, quemando fincas, destruyendo caminos, matando gente y consumando la destrucción a sangre y fuego?

Por un lado y por otro hay grandes culpas.

El problema agrario de Morelos ni se ha planteado debidamente, ni parece que se haya entendido siquiera, caso de que este fuera el principal motivo de la revuelta.

Tal es así, que en toda la narración de los extraordinarios

sucesos que constan en el presente libro, no se observa la menor percepción de que haya tal problema agrario, puesto que lo que sobran son tierras, y lo que falta son brazos para trabajarlas con provecho.

Los despojos por los ejidos de los pueblos se solucionarían por otros medios, sin que ello ameritara que todo un pueblo en masa, se rebelara contra el gobierno. Tememos, pues, que tampoco este sea el verdadero motivo del "zapatismo" y el lector del libro formará su criterio por sí mismo, juzgando de los hechos como ellos son en la realidad.

El hecho capital es que el "zapatismo" ha estado tolerado primero, azuzado después y fomentado siempre, asombrando al mundo con las hazañas espeluznantes y salvajes que ha cometido, en pleno corazón de la república y en plena época de avanzada civilización.

LOS EDITORES.



Los Crímenes del Zapatismo

(APUNTES DE UN GUERRILLERO)

CAPITULO I

El origen del zapatismo

El caciquismo porfiriano que durante más de tres décadas hizo flotar su bandera de extorsión, de ignominia en todo el país, desde la culta capital hasta el más insignificante villorrio de la República, en ninguna parte, sin duda, se dejó sentir con más vigor, con más infamia y con mayor crueldad, que en la rica comarca morelense; y este hecho que muchos quieren ignorar, y otros se atreven a desmentir, es el origen del movimiento revolucionario que, con el nombre de *maderismo* primero y más tarde con el de *zapatismo*, ha venido sembrando desolación, ruinas y miseria por espacio de tres años en aquella pródiga región del sur de nuestra patria, cuya tierra exuberante hasta el exceso, ha sido totalmente acaparada por unos cuantos favoritos del porfirismo, que han venido enriqueciéndose grandemente, mientras el infeliz jornalero de aquellos rumbos vive soportando, bajo el yugo de la férula de aquellos señores feudales de horea y cuchillo, la oprobiosa carga de todas las humillaciones, de todos los maltratos, de todas las infamias y de todas las miserias.